

de quiere que se esparzan sus cenizas, junto al polvo de su marido. Pero para los hijos que solo conocieron a un padre ausente, no hay rabia que ahogar, sino una memoria que honrar.

Cuando el año pasado terminó la ceremonia de la Zona Cero y su madre se sumó a las manifestaciones contra el Centro Cultural Park 51, Michael volvió a casa con sus tíos, no sin antes pedirle un favor. «Tienes todo el derecho a manifestarte si eso es lo que sientes, pero por favor quítate de la solapa la chapa de mi padre y dame el mural con sus fotos», le exigió. «No quiero que le mezcles en esto».

Su hermana Angelina no acude al aniversario. «Es pequeña y se cansa», la disculpa su madre. «Ni siquiera lo conoció, todo eso le resulta ajeno», susurra su hermano. La viuda se ha esforzado en hacer de la casa un mausoleo en el que el padre sonría desde cada esquina para que sus hijos nunca olviden su rostro, pero Angelina no tiene preguntas ni opiniones al respecto. Eso sí, cuando su madre comenta en voz alta que le gustaría ver la foto de Bin Laden muerto o presenciar la ejecución de Khalik Sheik Mohama, presunto cerebro del atentado, la niña le dedica un comentario severo. «Eso es repugnante, mamá». Diane sonríe con resignación. Han pasado diez años, toda una vida para sus hijos.

Seis golpes de suerte

Loui Cacholi es un apasionado defensor de la terapia psiquiátrica. «Si no fuera por eso yo no estaría aquí, me habría suicidado», confiesa este bombero retirado. Hace cinco años sufría el síndrome del superviviente, no podía dejar de preguntarse por qué él sí y sus 343 compañeros muertos no. «Había perdido a mis amigos, mi trabajo, mi salud. Era un hombre enfadado, una persona desagradable, no quería vivir. Ahora soy otro».

Ha contado hasta seis golpes de suerte que le salvaron la vida esa mañana. Su camión aparcó junto a la Torre Norte, cuando la Sur cayó primero. Sus compañeros cogieron las escaleras hacia el piso 44, él eligió el ascensor que acababa en el lobby del 23. Cuando su amigo Tommy Hetzel siguió al pelotón, él le detuvo: «No, tú te quedas conmigo, que si se para el ascensor yo

LOUI CACHOLI

Un bombero con suerte. Salió con vida de chiripa y tuvo que pasar por siete psiquiatras para quitarse de la cabeza la idea del suicidio.

«Todavía voy a terapia, pero ahora hablamos de fútbol, de mujeres y solo a veces del 11-S»



JOSEPH MACNALLY

no tengo instrumentos para abrirlo». Y así fue, el ascensor se paró de bruces al caer la Torre Sur y Tommy abrió la puerta. Empezaron a bajar las escaleras, pero se las encontraron colapsadas de gente. En la oscuridad no pudo encontrar a Tommy, nunca le volvería a ver. Regresó sobre sus pasos hasta que halló otra salida, pero al llegar a la planta baja la puerta estaba atascada. Cuando se iba a dar por vencido, apareció un grupo que le ayudó a desbloquearla. Ya en la calle, mientras hablaba con el conductor de su camión vio cómo les caía encima la antena del WTC. El chófer corrió hacia el río Hudson y encontró la muerte. El corrió hacia el norte, pero para huir más rápido tiró el equipo y no tardó en arrepentirse. La nube de polvo y escombros lo engulló y le abrasó los

pulmones. Se tiró al suelo llorando como un niño y se tropezó con una máscara que había perdido otro bombero. Calcula que le quedaban 15 segundos de vida.

«¿Por qué yo?», se ha preguntado todos estos años. «Todo los pasos que di ese día fueron los correctos. ¿Por qué quería Dios que yo viviera?». Hace cinco años, el séptimo psiquiatra al que visitaba intuó sus pensamientos suicidas y le dio la respuesta. «Sé lo que estás pensando», le dijo mirándole fijamente a los ojos. «¿Cómo crees que iba a sobrevivir tu familia sin ti? ¿Para qué crees que te dejó Dios aquí si no es para contar al mundo lo que ha pasado y mantener viva la memoria de tus compañeros?». Y como si fuera una revelación divina, Loui volvió a encontrar ese día el sentido de su vida. Desde entonces ha escrito un libro, se ha hecho voluntario del Memorial de la Zona Cero y da charlas en las escuelas.

«Todavía voy todos los martes a terapia de grupo pero ya no hablamos siempre de lo mismo. Unas veces hablamos de fútbol, otras de mujeres y algunas del 11-S».

El día de la madre

Cuando la vida propia pierde sentido, muchos encuentran una tabla de salvación en causas mayores. Edie Lutnick, sí, la hermana del todopoderoso Howard Lutnick, fue la última persona que habló por teléfono con el pequeño de la familia, Gary, de 34 años, minutos antes de que se desmoronase sobre él la Torre Norte. Estaba en la planta 104. Su hermano Howard debería haber estado en la 105 y ella misma en la 101, si no se hubiera vuelto a la cama esa mañana cuando le cancelaron una cita. Por algún motivo asumió que él también se había librado, pero la suerte no llama tres veces a la misma puerta.

«No, Edie, estoy atrapado en la oficina. Esto tiene muy mala pinta, no creo que vaya a salir con vida. Te quiero mucho. Dile a Howard que también lo quiero».

Los hermanos Lutnick eran huérfanos desde la adolescencia. Edie había sido como una madre para Gary, cinco años menor, y Howard el sustento de los tres. El día de la madre, Gary la invitaba a cenar. Hasta el día de hoy sigue vis-



JAKE PRICE

JOHN CARTIER

Murió su hermano. Este motero ha fundado un club patriótico, la Hermandad Estadounidense, en honor a los caídos el 11-S.

«Nunca olvidaremos. Nunca perdonaremos»

tiendo sus jerseys y calcetines como una irracional forma de no dejarle marchar. Lo que no sospechaba ese día es que se convertiría en madre de los 5.000 familiares que dejaron los empleados de Cantor Fitzgerald, y por los que ha luchado estos diez años como presidenta del Fondo de Ayudas que ha repartido 180 millones de dólares. Cada año les alquila una habitación en un hotel cercano a la Zona Cero para que asistan a la ceremonia y luego celebran otra privada en Central Park.

«Le doy crédito a las familias por haberme sanado», reconoce. «Cuando tienes una misión más importante que tu propio bienestar es cuando te sobrepones. Ahora vivo para eso».

Un club de patriotas

John Cartier y todos sus amigos llevan las Torres Gemelas bordadas en la chupa de cuero, con la bandera estadounidense y las iniciales de su hermano James. En su honor ha fundado la Hermandad Estadounidense en un sótano industrial de Queens, donde este puñado de moteros se junta cada tarde para jactarse de duros, beber Jack Daniels y rendir culto a su país.

Su causa es mucho más grande

que la memoria de James, un electricista de 26 años que murió en la planta 105 de la Torre Sur. «Nunca olvidaremos, Nunca perdonaremos», dicen las camisetas que venden para apoyar a las tropas en Irak. Son, por definición propia, «un club patriótico». Las familias de los caídos en el frente les invitan a los funerales y ellos se encargan de relatar el eslabón perdido entre la guerra y el 11-S.

«Todo lo que necesito saber de los musulmanes lo aprendí el 11-S», dice uno de sus eslóganes. Cuando la Casa Blanca le convidó a la ceremonia que se hizo en la Zona Cero al día siguiente de matar a Osama Bin Laden, John le enseñó a Barack Obama la foto de su hermano pequeño, «para que recordase por qué había tenido que hacer lo que hizo».

La suerte es difícil de juzgar. La víspera de los atentados Cantor Fitzgerald había despedido a veinte personas, mientras que James había sido contratado en el WTC dos semanas antes. «Le encantaba su trabajo, no paraba de ver chicas bonitas», recuerda su hermano. «Se sentía muy afortunado de trabajar allí». James vio el primer avión estrellarse en la torre de enfrente, pero en vez de salir pitando llamó a John para que rescatase a su hermana. Cuando Michelle, administradora en una firma de brokers, descendió cuarenta pisos se encontró a John esperándola entre la multitud. La nube tóxica les obligó a retirarse. Se subieron a la moto y cruzaron el puente de Brooklyn antes de que lo cerraran. «¿Y James?», preguntó su padre. «No lo encontramos, pero no te preocupes, volveré a por él. Lo hizo cada día durante siete meses en que revolvió escombros como voluntario, sin decir una palabra de su hermano por miedo a que lo retirasen. Un año después la oficina del forense dudó en enseñarle los restos que había identificado: «No hay nada que no haya visto ya», atajó. Su padre no quiso saber qué había dentro de la urna que incineraron y John prefiere no contarle.

En esta década ha reparado la moto azul de su hermano y la ha donado al museo en memoria de las víctimas. «La gente conoce los edificios, pero no a los que murieron dentro. La moto de James es un testamento de cómo vivió su vida y de las cosas que amaba. Nuestra meta es asegurarnos de que nadie les olvide jamás».

20 personas fueron rescatadas con vida de entre los escombros tras el derrumbe de las Torres Gemelas. La última fue Genelle Guzmán-McMillan, una secretaria de la Autoridad Portuaria sorprendida por el hundimiento en el piso 13 de la Torre Norte. Pasó 27 horas atrapada y sufrió heridas en una pierna.